

VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004.

# Diálogos entre saberes.

Carla Wainsztok y María Florencia Cendali.

Cita:

Carla Wainsztok y María Florencia Cendali. (2004). *Diálogos entre saberes. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/156>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## **Diálogos entre saberes**

Carla Wainszok y María Florencia Cendali.

FCS-UBA

[carlaprofe@hotmail.com](mailto:carlaprofe@hotmail.com) o [fcendali@uolsi.nectis.com.ar](mailto:fcendali@uolsi.nectis.com.ar)

### **I. De la universidad**

La palabra universidad proviene del latín *universitas*, lo cual supone hablar de lo universal. Pero no se trata de una universidad abstracta, ni de un universal abstracto sino como afirmaba Martí de injertar en nuestras repúblicas el mundo, siendo ellas el tronco. Por ello, nos preguntamos: ¿Qué tipo de universidad necesitan nuestras repúblicas?. Para respondernos analizaremos las funciones, objetivos y misiones de nuestra universidad.

Es posible pensar la misión histórica de la Universidad: en función del contexto histórico del país, porque siguiendo con el punto de vista de Pérez Lindo “la Universidad asume un papel de agente de desarrollo para promover el crecimiento económico, la independencia tecnológica, la solidaridad social y la consolidación del Estado nacional” (Pérez Lindo 1985:115).

Pero su papel no se reduce a ello, también debe promover el “debate más amplio y responsable de las causas del subdesarrollo (...) Este debate debe situar en primer plano los análisis de los intereses clasistas cristalizados en el orden social vigente a fin de verificar hasta qué punto sus agentes actúan en connivencia con los factores causales del atraso nacional. Para que tales

debates no sean meros torneos académicos es indispensable que, además de enriquecer la temática de los estudios universitarios al introducir en ellos la problemática nacional, cambien también la propia postura académica la cual de neutral y desinteresada, pase a ser activa y participante. Cada diagnóstico de las causas del atraso debe convertirse en una denuncia ante la sociedad y en una acción política de búsqueda de caminos y de superación del subdesarrollo” (Ribeiro 1982:163).

La Universidad debe alentar el espíritu crítico y creador del estudiantado y estimular estas cualidades para la formación de futuros dirigentes, alejándolos de la mentalidad elitista. Ya que si la universidad no se hace cargo de la crítica y la orientación de nuestra necesitada sociedad, aparecerán los diferentes grupos económicos que estimularán la injusticia y el espíritu mercantilista que reina en nuestro siglo, abriendo las puertas a un país que acepte y no luche por la superación del subdesarrollo y la dependencia generada por la dominación imperialista.

De no cumplir su misión, no contribuirá de ninguna manera al desarrollo del país, sino que se aislará de la sociedad. Escindiendo *la vida de la universidad*. Esta separación, nos recuerda en palabras de Jauretche al juego de la rayuela: Un pie en *la vida* y otro en la universidad. Similares análisis son posibles de hallar en José Mariátegui y Antonio Gramsci. Para el pensador peruano “La Universidad de Lima es una universidad estática. Es un mediocre centro de linfática y gazmoña cultura burguesa. Es un muestrario de ideas muertas. Las ideas, las inquietudes, las pasiones que conmueven a otras universidades, no

tienen eco aquí. Los problemas, las preocupaciones, las angustias de esta hora dramática de la historia humana no existen para la Universidad de San Marcos” (Mariátegui 1998:106).

Para Gramsci la disciplina académica -como disciplina de formación intelectual- no tendría sentido si no fuese “aplicable también en instituciones no universitarias en sentido oficial” (Gramsci 1997:135).

Si la universidad no sale de su encierro pasará a ser un círculo de cultura que caerá en la pasividad intelectual y en el aislamiento frente al poder, el cual no instrumentará el potencial científico de transformación del sistema académico.

En tanto para Rubinich “la separación del conocimiento científico y académico de la vida real como un problema, forma parte de los argumentos elementales de los gestos populistas vulgares” (Rubinich 2001:63).

Observamos que la separación entre la vida y la universidad continúa, “La corporación universitaria se autonomiza y su reproducción constituye su propio fin. No importa cuáles sean los discursos ideológicos que recubran esta situación. Para descubrir la impostura basta con ver la institución en su doble vertiente: en la fidelidad a sus fines esenciales y en las funciones sociales reales que cumple” (Pérez Lindo 1985:114).

Tal escisión se manifiesta entre las universidades, el sistema productivo y las demandas de la sociedad; como así también en el conjunto del sistema

educativo y el sistema científico. Respecto al sistema productivo no se trata de una adopción refleja de las demandas del mercado, ni del juego sumiso de algunos sectores; en cambio con las demandas sociales se trata de ir más allá de estas. En relación a los otros niveles educativos, es deseable comenzar a construir un diálogo político pedagógico.

Para concluir, es necesario recordar que la Ley de Educación Superior es la que mantiene al sistema científico separado entre sí y separado de las universidades, no posibilitando ningún tipo de diálogo e intercambio.

Es el momento de ponernos a reflexionar sobre la formación de los profesionales capaces de vincular el mundo de la vida y el mundo de la universidad. Porque si no elevamos el nivel científico-técnico al servicio del bien y del desarrollo de la comunidad, nunca la sociedad ni la universidad saldrán de su estancamiento, “una universidad puede formar profesionales excelentes, aunque socialmente inútiles” (Frondizi 1971:234). Por lo tanto, la Universidad debe “(...) ponerse al servicio del país (...) tiene que convertirse en uno de los factores principales del cambio profundo que exige la dramática situación actual” (Frondizi 1971:234).

Si lo que prima es la formación de profesionales, la pregunta que nos surge es sobre qué tipo de profesionales se pueden formar en el mundo utilitarista en el que habitamos. ¿Se puede llegar a formar al estudiante de Gramsci que “(...) aprende a aplicar sus conocimientos y desarrolla sus capacidades prácticas” (Gramsci 1997:138), o sólo se llega a formar a esos viejos dirigentes que no se

orientan sobre una postura crítica, que sólo reproducen el sistema de opresión en el que crecieron?. Esto se relaciona con la inquietud sobre si algún día, nuestro sistema universitario dejará el perfil de productor de diplomas, para integrarse a nuestra sociedad.

En esta universidad en que continua predominando “el credencialismo o sea, la calificación asegurada por un diploma. Se encuentra con que el título no basta: es necesaria la evaluación de las competencias reales que domina el aspirante a un puesto profesional. El flujo de los nuevos saberes supera los contenidos de los planes de estudio universitarios. El mercado del conocimiento se coloca por encima del mercado profesional. Para cubrir esta brecha las universidades se han volcado a la creación de estudios de postgrados” (Pérez Lindo 1998:29). En relación a los postgrados, Pérez Lindo parece olvidar que estos no son gratuitos, dejando además la sospecha de si en ellos hay nuevos saberes.

¿Serán los postgrados arancelados, los espacios para formar a los profesionales críticos que necesita la universidad?

## **II. De la extensión**

Desde la Reforma de 1918, la extensión es junto a la docencia y a la investigación uno de los pilares de la universidad pública. Pero si es necesario enfatizar la distancia entre el derecho a enseñar y el derecho a investigar con lo que sucede en la realidad, más complicada es aún la situación de la extensión.

El 22 de junio de 2004 una nota de Javier Lorca en el diario Página 12 lo dice todo “Subsidios para la hermanita pobre de la docencia y la investigación”. Si en el reparto del presupuesto universitario, las ciencias sociales son “el pariente pobre de la vida científica y académica porque el ser humano es el pariente pobre del modelo de desarrollo mundial” (Pérez Lindo 1998:51), que decir entonces de la extensión. Si bien en la actualidad existe un proyecto de financiamiento es importante destacar que según la secretaria de extensión de la UBA: “no hay una instancia de decisión sobre que hacer con la extensión. Lo decide cada facultad” (Página 12-22/6/04).

Es cierto que la creación de un marco regulatorio para esta práctica es un avance, de todas maneras nos preguntamos sobre el sentido del concepto de extensión. “La acción extensionista implica, cualquiera que sea el sector en que se realice, la necesidad que sienten aquellos que llegan hasta la otra parte del mundo, considerada inferior, para, a su manera, normalizarla. Para hacerla más o menos semejante a su mundo” (Freire 1975:21).

Esta concepción toma formas caritativas, “hay en ello mucho de la concepción religiosa. El centro sagrado de la Academia expande su verdad que es, al mismo tiempo, la salvación de los paganos que deben ser llevados a la salvación del conocimiento. Se esconde en esta concepción al mismo tiempo que un proyecto de dominación, un gran engaño. Ese centro académico quiéralo o no, hunde sus raíces en esa sociedad sobre la que pretende derramarse con el mensaje salvador, elaborado en esferas inmunes a la

contaminación. De hecho, no puede haber un conocimiento verdadero que no parta de la sociedad y a ella vuelva” (Dri 2001).

Las prácticas extensionistas deben ser pensadas en relación a la misión social de la universidad. Porque estas prácticas no pueden ser otra cosa que un servicio público que la universidad debe a la sociedad que la mantiene.

“La universidad, sobre todo la Facultad de Ciencias Sociales, debe esforzarse por la verdadera hondura de los conocimientos, sumergiéndose plenamente en las contradicciones de nuestra sociedad. Nada de ella puede serle ajeno. En consecuencia, no una extensión universitaria sino una inmersión de la universidad en el medio, en las circunstancias. Ello hará posible que se generen verdaderos conocimientos” (Dri 2001).

Es preciso recordar que alguna vez este proyecto pedagógico político existió. Se desarrolló en los años 60 con la experiencia del Departamento de Extensión Universitaria de la UBA, la cual en particular fue llevada a cabo en la Isla Maciel. Esta consistió en una serie de actividades de apoyo escolar y de recuperación de desertores escolares, en la misma participaron equipos de todas las facultades de la UBA.

Uno de los impulsores de este proyecto fue Guillermo Savloff, quien escribía en la Revista de la Universidad con motivo del nacimiento del Departamento de Extensión de la Universidad de la Plata lo siguiente: “La iniciativa asigna vigencia a un más amplio concepto del papel social de la universidad pública.



Cuando se exalta la importancia que las universidades tienen para la comunidad, generalmente no se piensa en otra cosa que en la función de preparar los cuadros dirigentes y los técnicos necesarios al orden social dado. El reverso de esa función así entendida es la obligación de la universidad de servir de instrumento a la conservación de una determinada estructura social, según el interés de minorías dominantes. Un sistema económico-social que impide a muchos terminar la escuela elemental y a la mayoría recibir la enseñanza secundaria, constituye el marco dentro del cual ese papel social viene a cobrar significado” (Savloff 1960:7).

Es necesario conocer y aprender de aquellos proyectos, aunque en la actualidad este servicio público debe contar “con amplios programas regulares de especialización y de capacitación profesional que reabran la universidad a sus egresados y les aseguren los medios de mantenerse al día con el progreso de su respectivo campo y realizando programas especiales de formación intensiva de personal calificado a través de cursos de secuencia de los campos requeridos por el mercado de trabajo y el desarrollo nacional” (Ribeiro 1982:161).

Pero no debe quedarse allí, respecto a la investigación “las actividades de extensión se ejercen más útilmente a través de la ejecución de programas de investigación aplicada a los principales sectores productivos de la economía nacional; y de la creación de servicios de experimentación educacional destinados a crear modelos de escuelas, a establecer tipos de rutina educativa

y a producir los materiales didácticos para los diferentes niveles de enseñanza” (Ribeiro 1982:161).

Ribeiro y Frondizi analizan que la función de la universidad consiste en indagar, impulsar a la acción y señalar el camino. Ellos remarcan la importancia de la creación de métodos y técnicas para resolver las demandas sociales; tal es el ejemplo de la alfabetización. Este no es un problema ajeno a la universidad pero tampoco es una cuestión exclusivamente pedagógica “La universidad puede realizar un estudio completo proponer una política educativa adecuada e insistir ante los poderes públicos para que el plan se lleve a la práctica” (Frondizi 1971:251).

Estas ideas sobre la función y las prácticas universitarias se vinculan con la tesis tres sobre Feuerbach “la teoría materialista del cambio de las circunstancias y de la educación olvida que las circunstancias las hacen cambiar los hombres y que el educador necesita, a su vez ser educado” (Marx 1985:666). Apropiándonos de esta tesis es posible pensar el rol de educador de la universidad.

Este rol de educador que compete a la universidad tiene como tarea educar a los sujetos populares, pero que a su vez sea educada por estos. Sin embargo “no puede recibir la educación de los sectores populares sino se encuentra enraizados en ellos” (Dri 2001).

Pero el eje no se encontraría en mistificar o exaltar los saberes populares sino en dialogar con estos, “el respeto a esos saberes se inserta en el horizonte mayor en que se generan, el horizonte del contexto cultural, que no se puede entender fuera de su corte de clase, incluso en sociedades tan complejas que la caracterización de ese corte es menos fácil de captar” (Freire 1993:82).

Podemos definir estos saberes populares como un sistema de creencias, opiniones, maneras de actuar que forman parte de lo que Gramsci denomina folklore. Tanto el folklore como la religión popular están contenidos dentro de la filosofía.

Si bien es cierto que Gramsci afirma que todos los hombres son filósofos, propone revisar en que consiste esta filosofía espontánea. En primer lugar se refiere a que en todo lenguaje está contenida una cosmovisión, aunque es necesario en segundo lugar, el momento de la crítica y la conciencia. Por ello “La filosofía de la praxis, no tiende a mantener a las personas sencillas en su filosofía primitiva del sentido común, sino a conducirlos a una concepción superior de la vida. Si afirma la exigencia del contacto entre intelectuales y personas sencillas, no es para limitar la actividad científica y para mantener una unidad al bajo nivel de las masas, sino precisamente para construir un bloque intelectual-moral que haga políticamente posible un progreso intelectual de las masas y no sólo de reducidos grupos de intelectuales. El hombre activo de la masa actúa en la práctica, pero no tiene una clara conciencia teórica de ese actuar suyo, que sin embargo es un conocer acerca del mundo por cuanto lo transforma” (Gramsci 1985:51).

Este hombre activo de la masa tiene dos conciencias teóricas o una conciencia contradictoria, en términos de Freire este sujeto popular está habitado por el opresor. Se trata entonces de “hacer la opresión real todavía más opresiva, añadiendo a aquella la conciencia de la opresión. Haciendo la infamia todavía más infamante, al pregonarla” (Freire 1970:49).

La dialéctica entre intelectuales y masa, presume que la tarea de la universidad como intelectual sea proclamar la infamia. De esta manera, la universidad está llamada a transformarse en la organización cultural; sin embargo “las Academias son el símbolo, a menudo con razón escarnecidos, de la separación existente entre la cultura y la vida, entre los intelectuales y el pueblo” (Gramsci 1997:118).

La lectura crítica que Gramsci realiza sobre las universidades italianas, se corresponde con el análisis que produce Mariátegui, sobre el papel de los intelectuales en la Universidad de Lima. “Estos intelectuales enamorados de tendencias aristocráticas y de doctrinas de élite, encariñados con reformas minúsculas y con diminutos ideales burocráticos, estos abogados, clientes y comensales del civilismo y la plutocracia, tienen un estigma pero que no es el del analfabetismo, tienen el estigma de la mediocridad (...) Al lado de esta gente escéptica, de esta gente negativa, con fobia del pueblo y fobia de la muchedumbre, maniática de estetismo y decadentismo, confinada en el estudio de la historia escrita de las ideas pretéritas, la juventud se siente naturalmente huérfana de maestros y huérfana de ideas” (Mariátegui 1998:107).

No sólo los estudiantes se sienten huérfanos de ideas, asimismo la sociedad civil se encuentra carente de ellas. Por que los intelectuales no están desarrollando la función de ser constructores de consenso de valores y representaciones colectivas. Ellos, al no convertirse en los intelectuales orgánicos de los sectores populares no permiten la construcción de un bloque cultural y social.

El problema se genera cuando la relación entre las clases subalternas y los intelectuales “no es lineal sino compleja (...) se tienden a generar comportamientos estamentales, a considerarse a sí mismos como el Estado” (Portantiero 1997:18).

La crisis se produce cuando “la voluntad colectiva estatal construida en la relación entre intelectuales privados y gubernamentales, orgánicos a los grupos sociales fundamentales, entran en tensión con la voluntad colectiva nacional-popular que viene elaborando la articulación entre intelectuales y las clases subalternas” (Portantiero 1997:19).

Frente a la crisis moral, en la que nos encontramos podemos recurrir a Gramsci y como este reformula el concepto de hegemonía desplazándolo al terreno de lo ético y lo cultural. “Lo que la hegemonía construye es una verdadera comunidad de valores, una voluntad colectiva” (Portantiero 1997:16).

Los intelectuales tienen la función de ser los mediadores de la hegemonía y de la contrahegemonía. “Su papel es apuntalar la ilusión de comunidad en un mundo escindido” (Portantiero 1997:18).

Este mundo escindido se representa en un Estado, entendido no sólo como dominador sino también como dirigente ético y cultural, donde los intelectuales se encuentran divididos en diferentes estratos, conllevando a que la universidad no cumpla con la función de unificarlos, perdiendo peso y posibilitando que libres pensadores tengan más influencia que la universidad en su conjunto.

### **III. Conclusiones**

Como hemos señalado las universidades tienen la misión social de ponerse al servicio del país, de formar buenos profesionales elevando el nivel científico y de convertirse en uno de los principales sectores de cambio para la actual coyuntura.

Para la verdadera transformación social es necesario un cambio en las formas de investigación y de formación de nuestros profesionales. “Por ello, más allá de los acosos presupuestarios que los proyectos neoliberales les imponen como parte de una estrategia de destrucción, las universidades deben promover un debate crítico y creativo para llevar adelante una profunda transformación” (Argumedo 1993:323).

A los acosos presupuestarios, se le suma “la taylorización de los saberes académicos y las rígidas fronteras disciplinarias, característicos de la creciente especialización de las universidades, han comenzado a sufrir una obsolescencia similar a la de los trabajadores de la cinta de montaje” (Argumedo 2000:68).

Estas trabas son las que generan una mentalidad que no permite el pensamiento crítico ni la articulación de los diferentes saberes, lo cual conlleva a la ausencia de un intercambio en el pensamiento colectivo. Para contrarrestar esta situación son necesarios equipos de estudio de investigación entre diferentes disciplinas que forjen nuevas formas de conocimiento.

Para crear nuevos saberes interdisciplinarios es necesaria la presencia de un Estado dirigente, en tanto ético como cultural, que se encuentre comprometido para la realización de un proyecto propio, que estimule a la universidad a producir los debates críticos necesarios para la transformación, si así no sucediera condena a la universidad a “operar junto a su propio pueblo como un instrumento de enajenación y consecuentemente, de perpetuación del subdesarrollo” (Argumedo 1993:324). Porque como han señalado diferentes pensadores latinoamericanos, hay que salir a la búsqueda de respuestas autónomas frente a la cultura que los países imperialistas nos desean imponer.

“Las preguntas que deben organizar las propuestas de cambio del mundo universitario son irremediamente políticas. No aquellas dehistorizadas que surgen de un libro de contabilidad de los organismos financieros, sino las

grandes preguntas son las que es necesario actualizar: ¿Qué tipo de profesional, científico, intelectual se va a formar?, ¿Cómo se transmite y trabaja sobre el conocimiento acumulado, produciendo nuevo conocimiento?. Son grandes preguntas que hay que esgrimir, sobre todo en una época minimalista; son preguntas que irremediablemente producen revisiones, son preguntas, sin lugar a dudas, políticas” (Rubinich 2001:14).

Para resumir las características que debe poseer la Educación Superior y su misión social, convendría enumerar cuatro características fundamentales de la misma A- Debe ser considerada como un servicio público; B- Debe colaborar en la resolución de los problemas del país, participando del desarrollo nacional; C- Debe contribuir a reducir las desigualdades sociales y D- Debe asociar en su gestión a representantes de sectores públicos y privados, ligados a la economía, a las instituciones sociales y políticas. Con estas cuatro características estamos solamente reafirmando la tendencia hacía la dinámica de servicios entre la Universidad y la Sociedad en general.

Podemos concluir que para consolidar una universidad de excelencia y de masas, es necesario “poder desarrollar los nuevos patrones productivos y de servicios: de la calidad y extensión de las universidades dependerá el porvenir de nuestras naciones en las próximas décadas” (Argumedo 2000:68).



## **Bibliografía**

Archivos del diario Página 12.

Argumedo, Alcira (2000) *El imperio del conocimiento* en Revista Encrucijadas Nº 4. UBA.

Argumedo, Alcira (1993) *Los silencios y las voces en América Latina*. Colihue. Buenos Aires.

Dri, Rubén (2001) *Conocimiento y extensión*.

Freire, Paulo (1970) *Pedagogía del oprimido*. Tierra Nueva. Montevideo. Cfr

Marx, Engels *La sagrada familia y otros escritos*.

Freire, Paulo (1975) *¿Extensión o comunicación?* Tierra Nueva. Buenos Aires.

Freire, Paulo (1993) *Pedagogía de la esperanza*. Siglo XXI. México.

Fronzoni, Risieri (1971) *La universidad en un mundo de tensiones*. Paidós.

Buenos Aires

Gramsci, Antonio (1985) *Introducción al estudio de la filosofía*. Critica.

Barcelona

Gramsci, Antonio (1997) *Los intelectuales y la organización de la cultura*.

Nueva Visión. Buenos Aires.

Mariátegui, José (1998) *La crisis universitaria en* Temas de educación. Amauta.

Lima.

Marx; Karl (1985) *Tesis sobre Feuerbach* en La Ideología

Perez Lindo, Augusto (1985) *Universidad Política y Sociedad*. Eudeba. Buenos Aires

Perez Lindo, Augusto (1998) *Políticas del conocimiento, educación superior y desarrollo*. Biblos. Buenos Aires.

Portantiero, Juan Carlos (1997) *Gramsci y la crisis cultural del 900: en busca de la comunidad* en la Revista Sociedad N° 11. Buenos Aires.

Ribeiro, Darcy (1982) *La universidad necesaria* UNAM. México.

Rubinich, Lucas (2001) *La conformación de un clima cultural* Libros de Rojas.  
Buenos Aires

Savloff, Guillermo *La extensión universitaria* en Revista de la Universidad N°  
10. UNLP